

Viento del norte con olor a muerte

Robygue Martinez

The University of Arizona

Era una mañana soleada dominical cuando María escuchó el timbre de la puerta. La mujer que sufría de dolores de espalda con esfuerzo se asomó por la rendija que dejaba la cadena de seguridad de la puerta.

— Buenos días, dígame.

Un hombre maduro entrado en los cincuenta años más o menos le contestó a Doña María:

— Buenos días, ¿Está Roberto?

— ¿De parte de quién?

— Soy Manuel, su jefe.

— Ah sí, permítame un momento por favor.

— ¡Roberto! Aquí te busca tu jefe, el señor Manuel— Gritó María.

Roberto, al escuchar los gritos de su madre se despertó del sueño en el que se encontraba y respondió de igual manera que en un momento bajaría. Se quitó las pijamas tan rápido como pudo, se enjuagó la boca y bajó apresurado las escaleras de su casa.

— Pásale inge, ¿Qué se te ofrece? Dejé todo en orden ayer sábado. ¿Tomas un café?

— Roberto se encontraba sorprendido de que su jefe se encontrara en su casa a tan temprana hora y en domingo.

— No te molestes, en realidad esta no es una visita de cortesía, salió un trabajo de emergencia, falló una repetidora de la señal de radio. Tengo la certeza que es la que se encuentra en Comales y necesito que me acompañes.

— Inge, pero es domingo y hoy juega el américa.

— Roberto, urge reparar la repetidora, de ello depende nuestro contrato con PEMEX— dijo en tono serio Manuel.

— Bueno, si no hay de otra. ¿Pero regresaremos temprano verdad?

— Cuenta con eso, es una vuelta de máximo 6 horas. Ya para en la tarde estaremos de vuelta y hasta verás el juego de tu equipo.

Roberto se tomó unos minutos para preparar las herramientas que necesitarían para realizar las reparaciones necesarias y después encaminándose a la puerta se despidió de su madre y de su hermano. El ingeniero Manuel no había tenido tiempo de ir a la compañía a tomar una de las camionetas que se utilizaban para esos viajes y había decidido irse en su camioneta particular. Ambos se subieron a la camioneta Frontier negra de reciente modelo y emprendieron su viaje. El trayecto había transcurrido sin novedades, para llegar a Comales tenían que atravesar por los poblados de Díaz Ordaz, Valadeces y Camargo. Antes de llegar a Camargo, el ingeniero Manuel notó que tres camionetas los estaban siguiendo a una distancia razonable. No se preocupó mucho en ese momento y siguió platicando con su copiloto de viaje. Cuando ya estaban a escasos minutos de llegar a su destino, a la salida de Camargo donde tomarían la desviación a Comales, Roberto y Manuel vieron que delante de ellos se encontraba cerrada la carretera por varias

camionetas con hombres armados postrados a los lados y que atrás de ellos venían camionetas a máxima velocidad. Fue una sensación de terror la que empezaron a sentir esos dos hombres.

— ¿Y ahora que hacemos inge?

— No lo sé Roberto, no lo sé. Hay que darles todo lo que nos pidan, la camioneta, la cartera, lo que sea— decía un Manuel sumamente nervioso.

Se empezaron a acercar los hombres con los rostros tapados, sosteniendo armas largas en sus brazos, hasta que llegaron a las puertas de la camioneta Frontier.

— Por favor, no nos hagan daño, llévense la camioneta, lo que quieran— comentaba el ingeniero Manuel.

— Cállense cabrones, aquí las preguntas solamente las hacemos nosotros. Bájense de la camioneta par de pendejos.

Manuel y Roberto se bajaron del vehículo con las manos levantadas y con una actitud completamente servicial.

— ¿Para dónde van?— preguntó uno de los encapuchados.

— Vamos aquí a Comales, somos ingenieros y trabajamos para la compañía Telenor Comunicaciones. Le ofrecemos servicios de comunicaciones a PEMEX y les arreglamos todas sus torres y redes— Roberto comentaba temblándole el cuerpo.

— Como la ve comandante, expertos en comunicaciones, no nos vendrían nada mal sus servicios.

— Con tantos pinches destrozos que nos han hecho las fuerzas federales a nuestras torres de comunicación, estos dos pendejos serían de mucha ayuda. Súbanlos a las camionetas, llévenlos a que reparen nuestras pinches torres y después ya saben qué hacer con ellos— Fueron las palabras del comandante del grupo armado.

Llegó la noche del domingo y Roberto no regresó a dormir. María, la madre de Roberto se empezó a angustiar y su hijo más chico, Luis, le dijo que no se preocupara, que lo más probable es que la camioneta se haya descompuesto y que estuvieran retrasados. El lunes a las 8 de la mañana, estaban Luis y su madre en las oficinas de la compañía pidiendo información sobre Roberto. Las personas que se encontraban laborando ahí les dijeron que no sabían nada del pa-

radero de los ingenieros y que de hecho PEMEX seguía reportando la falla de la repetidora.

Después de completar las 36 horas necesarias para reportar ante las autoridades a una persona desaparecida, los familiares de Manuel y Roberto fueron a levantar las denuncias correspondientes. Ahí en el lugar casi les cortaron de tajo las esperanzas de encontrarlos con vida. Les dijeron que fueran consientes de la violencia que se vivía en México en estos momentos y que sobre todo el lugar al que los familiares se referían, Comales, era uno de los poblados más afectados por la presencia del crimen organizado. La única respuesta con la que salieron los familiares de ese lugar por parte de las autoridades fue que no perdieran la fe.

Los días, semanas y meses fueron pasando uno por uno y no se supo que fue del paradero de los ingenieros que habían desaparecido cerca de Comales. Doña María, todas las tardes salía a la terraza de su casa y se sentaba en su mecedora, triste y deseando ver que su hijo llegara a su casa y entrara por esa puerta donde lo había despedido la última vez meses atrás. Llegó noviembre y con ello se presentó el primer norte de la temporada, un viento del norte con olor a muerte fue el que sacudió el semblante de la pobre de Doña María.

Comentario

En su relato Robygue Martinez toca un tema relevante, la violencia relacionada al crimen organizado en México, al igual que en otros países latinoamericanos. Captura la desesperanza sentida por las familias a las cuales se les ha desaparecido familiares. Demuestra a las familias sin donde recurrir. Armadas solo con su fe, quedan esperando el regreso de sus queridos. El comentario social hace hincapié en el trauma que deja a las familias con heridas emocionales permanentes, y dudas sobre el paradero de un ser querido sin resolver.

Claudia Nazario
The University of Arizona